Master Negative
Storage Number

OCI00043.13

Historia de los amores de Matilde

Madrid

[1893?]

Reel: 43 Title: 13

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCl00043.13

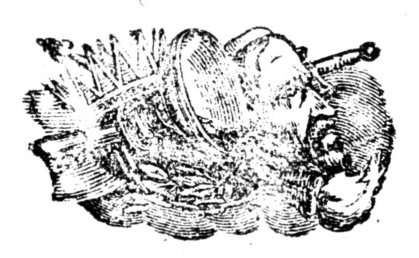
Control Number: ADT-3231
OCLC Number : 29689690
Call Number : W 381.568 H629 v.3 AMORM
Title : Historia de los amores de Matilde y Malek-Adhel, ó, Memorias sacadas de la historia de las Cruzadas.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1893?]
Format : 24 p. : ill. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Crusades First, 1096-1099 Fiction.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9-27-94
Camera Operator: cs

(TRES PLIEGOS.)



HISTORIA
DE LOS AMORES DE
MATILDE Y MALEK-ADHEL,
ó
MEMORIAS SACADAS DE LA HISTORIA DE LAS CRUZADAS.



MADRID.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.



HISTORIA
DE LOS AMORES DE
MATILDE Y MALEK-ADHEL.

CAPITULO PRIMERO.

Recuerdos de las cruzadas.—Pónese al frente de todo el ejército el rey de Inglaterra.—Sale con este su hermana Matilde.—Casamiento de Ricardo con Berenguela.—Partida de este para la Tierra Santa.—Desconsuelo de Berenguela por su separacion.—Salen Berenguela y Matilde en compañía del arzobispo de Tiro para la Tierra Santa.—Es apresado el buque por Malek-Adhel.—Llegan á Damiela.

La pérdida de la Tierra Santa causó inmenso dolor á todas las naciones cristianas. Guillermo, arzobispo de Tiro, pidió auxilio al Papa Guillermo VIII para hacer una nueva cruzada. Este piadoso prelado, que recorria á pié la Europa con un crucifijo en la mano animado por el más heróico celo por la religion cristiana, logró que se uniesen á él para tan grande empresa un sin número de soberanos.

A la cabeza de todos estaban Ricardo, rey de Inglaterra, y Felipe Augusto, de Francia. Las alocuciones tan piadosas que el arzobispo de Tiro pronunciaba en todas partes, exaltaron el valor de la juventud de ambos reinos. Todos acudieron presurosos á unirse al ejército para marchar á derramar su sangre en defensa de la religion cristiana.

No obstante, los dos monarcas se separaron citándose para Mesina, por tener que efectuar allí Ricardo su proyectado casamiento con Berenguela, hija de Sancho, rey de Navarra. Antes de partir, Ricardo quiso despedirse de su hermana Matilde, que se hallaba retirada desde su infancia en un convento, y hallarse presente á la toma de hábito de la jóven novicia. Hallábase en este estado la bella princesa, y daba gracias á Dios continuamente porque la hu-

biese guiado á tan santa vida, cuando el monarca inglés, cubierto con una preciosa armadura, penetró en el convento. Su presencia conmueve á todas sus habitadoras, ábrense las puertas ante el monarca, donde penetran por primera vez las miradas de un hombre. Solo el arzobispo de Tiro osó seguir al monarca, y Matilde se apresuró á recibir los brazos de su hermano y las bendiciones del venerable Guillermo. La abadesa, seguida de sus religiosas cubiertas con su negro velo, la acompañaron y fueron testigos de tan tierna entrevista.

Refiere el monarca sus proyectos, habla de su viaje, y enumera los peligros que arrostrará para conseguir su piadoso objeto. Esta narracion despierta en Matilde pensamientos tan nuevos como piadosos, y declara, no sin rubor, que tomaria con gusto parte en las fatigas que á su hermano estaban reservadas. Poco trabajo costó á Matilde el obtener el consentimiento de su peticion, y sus compañeras trasportadas de alegría aplaudieron tan heróico proyecto. La abadesa colocó en su pecho una brillante cruz, y Matilde recibió con gratitud un don tan precioso y le suspendió de su cuello, besó luego la mano á la abadesa, y dando el último adios á sus tímidas hermanas, salió del monasterio.

Llegó Matilde á Mesina, en donde se reunió con Berenguela, y desde el momento que se vieron una tierna amistad unió entrambos corazones. Pocos dias despues, Ricardo se unió bajo las más felices auspicios con la tierna Berenguela.

Al eco de las Cruzadas vino el rey de Jerusalen, Guido de Lusiñan, á implorar la proteccion de Ricardo contra el marqués de Monferrato que le habia espulsado de sus dominios. Instigado Ricardo por la confianza de Lusiñan, y movido por sus desventuras, se obligó solemnemente á protejerle contra sus rivales; desde aquel momento, unidos por la gratitud y los beneficios, contrajeron estrecha amistad, jurándose eterna fé y confraternidad de armas hasta su último suspiro.

Reunidas, despues del casamiento, las armas de entrambos reyes, determinaron marchar con sus tropas á la conquista de la Tierra Santa; y Ricardo, apenas pasó algunos dias al lado de su esposa, dispuso hacerse á la vela para la Palestina.

La amorosa Berenguela, desconsolada con la idea de separarse de un esposo que tanto amaba, se arrojó á sus piés, y pidiéndole bañada en llanto, que la permitiera participar de los peligros á los cuales iba á esponerse. A pesar de que Ricardo se conmovió con la pena de la reina, se mantuvo inexorable y partió dejándola anegada en lágrimas.

No obstante, dejó Ricardo fletado un buque para trasportar á

las dos princesas á su campamento. Deseosas ambas de juntarse una con su esposo y la otra con su hermano, determinaron marchar, y rogaron al arzobispo de Tiro que las acompañase en el viaje. Condescendió este con gozo á su proposicion, y marcharon pocos dias despues que Ricardo.

Pasado algun tiempo de una navegacion feliz dieron vista á las costas de Asia; mas al divisar el puerto de Tolemaida vieron venir hácia ellos un buque en cuya bandera se ostentaba la media luna. En el momento que los sarracenos observaron el pabellon inglés, se arrojaron intrépidos sobre él y despues de un furioso ataque apresaron el buque á los gritos de ¡Malek-Adhel! ¡Malek-Adhel! Berenguela y Matilde, que estaban aterradas con el estrépido de las armas, hacian oracion á Dios para que las libertara de sus enemigos. En vano el arzobispo de Tiro procuraba con sus santas palabras calmarlas; sin embargo, no lo podia conseguir. De pronto penetran en la cámara un sin número de musulmanes, y con ellos Malek-Adhel, el cual se queda estático al contemplar la hermosura de Matilde. «Nada temais, las dice, bellas princesas; vais á ser conducidas con todo el respeto que mereceis á mi palacio.» Y conduciendo á las princesas á su chalupa, da órden á los remeros, y llegan felizmente á vista del puerto de Damieta.

No tan pronto hubieron llegado al muelle, cuando ya las esperaban unas literas para conducirlas al palacio de Malek-Adhel, donde habia dispuesto aposentos ricamente adornados para la estancia de las dos princesas y del arzobispo de Tiro.

CAPITULO II.

Cautiverio de las dos princesas en Damieta.—Paseos de estas con el arzobispo por los jardines del palacio.—Encuentro de una vianda.—Consuelos que la prodigan.—Se presenta Malek-Adhel en sus aposentos, y tienen noticias de Ricardo.

Penoso era para las princesas el cautiverio que sufrian en Damieta; pero estaban tan bien cuidadas, eran tan obedecidas, que el dolor que las causaba la pérdida de la libertad era atemperado con las consideraciones que con ellas se tenian.

Acostumbraban Matilde y Berenguela pasearse por las tardes en los jardines del palacio. Eran estos unos magníficos bosques cubiertos de esas bellas flores que solo se encuentran en el Asia, esos bellos tulipanes y esas perfumadas magnolias tan puras y tan brillantes. A la hora que el sol decaia en su ocaso, y á la hora en que las plantas cubren sus cálices para despedir las emanaciones de su

seno, era cuando las dos princesas bajaban á los parterres á contarse sus mútuas penas y á consolarse tambien juntas.

Una de las bellas tardes en que unidas bajaban á las florestas al lado de una deliciosa cascada que caia arrojando su brillante espuma sobre la tapizada alfombra de hermosas azucenas, y en su fondo un airoso kiosco que ostentaba en su magnífica cúpula de oro y azul la triunfante media luna, vieron que se dirigia hácia ellas una esclava. Movidas de un impulso de curiosidad al verla desolada y triste, se acercaron á ella y la dijeron, que cuál era el motivo de su pesar. Ilustres princesas, las dijo, aprovechándonos mi señora y yo de la confusion que reina en el harem, me he adelantado por mandato de mi ama para manifestaros que esta desea hablar con vosotras, escelsas princesas, para lo cual no espera más que vuestro consentimiento. Accedieron á su peticion las princesas, y pronto vieron aparecer ante ellas una mujer, bella como una hurí del paraiso: los cabellos flotantes, ondeando alrededor de su cara y espaldas, formaban una aureola que rivalizaba con la magnífica pedrería que caia majestuosamente sobre su pecho; sin embargo, á pesar de su hermosura y de tantos adornos, una mezcla de tristeza y recogimiento cubrian sus bellas facciones, más esplendentes aun por esta capa de melancolía que demostraba.

Era esta mujer, Inés, la desgraciada hija de Amaury, tan célebre en el Oriente por su belleza, que hallándose en Jerusalen con su padre el dia en que fué tomada esta ciudad por Malek-Adhel, que siendo este el primero que enarboló sobre sus murallas las insignias de la media luna, y en medio de la más horrible carnicería, hizo brillar unas virtudes desconocidas en aquel siglo, salvando la vida á unos y libertando á otros infelices del furor de sus soldados, cuyas heróicas acciones, observadas por la jóven Inés, fueron el foco que encendió las primeras chispas de su vehemente pasion hácia el príncipe, y abandonando su fé, la desgraciada, se hizo esclava de quien habia sido su más encarnizado enemigo. Este, viendo el amor que le profesaba Inés, la hizo su esposa; pero como aquel no era producido por una verdadera pasion, no tardó en abandonarla, dejándola en su harem confundida entre las demás mujeres.

Pronto los celos penetraron en su corazon al ver que el príncipe, sin hacer caso de ella ni de sus compañeras, preferia el amor puro y casto que le inspiraba la princesa Matilde. Llegó, por último, el dia en que, aprovechándose del tumulto que habia en el harem, pudo evadirse y penetrar por medio de una puerta secreta y cubierta con el espeso ramaje al paraje donde se paseaban las princesas.

Así que vió á Berenguela y Matilde se arrojó á sus pies admirando en Matilde su angélica belleza, y en Berenguela la espresion de caridad que su rostro manifestaba, y las rogó que se presentasen ante el príncipe y le pidiesen su libertad. Así se lo prometieron las princesas en compañía del arzobispo Guillermo que á ellas se habia juntado; y á pesar de todo lo que la dijeron las princesas se dibujó en su rostro la sed de venganza que empezaba á nacer en su corazon contra la princesa Matilde. Por fin, se retiró otra vez á su aposento la desgraciada Inés, meditando los medios de atentar contra la vida de su rival; bien que cuando quiso ponerlos en práctica, se le frustró su plan y tuvo que escaparse disfrazada de guerrero. Las princesas y el venerable Guillermo continuaron entregándose al solaz que les proporcionaban tan deliciosos jardines.

Llegó la hora de retirarse al palacio, y al momento Malek-Adhel se presentó delante del venerable prelado y las princesas. Le preguntaron estas el objeto de su visita, y él las respondió que era portador de una noticia muy interesante para ambas princesas, cual era la de la salud que el gran Ricardo gozaba.

Monstráronse alegres Berenguela y Matilde; pero el arzobispo, que penetró la intencion en el modo con que el príncipe miraba á Matilde, se apresuró á hacer una señal que la manifestaba podia retirarse. Verificólo así la princesa, pero no sin haber dirigido una mirada casta y ruborosa en la que estaba pintado su agradecimiento hácia el príncipe, el cual sintió la marcha de Matilde; pero su pesar se convirtió en alegría al observar la pura y casta mirada que le dirigió esta princesa. Despues de una conversacion que tuvieron sobre las guerras de que era presa el país del príncipe, pidió este su licencia para retirarse, que le fué concedida. Cuando salió el príncipe mandó el prelado llamar á Matilde, y se pusieron todos tres á orar dando gracias á Dios por haber conservado la interesante salud del monarca inglés. Hecho esto se retiraron cada uno á sus aposentos. El prelado Guillermo rogaba á Dios continuamente para que le deparase su libertad é ir á consolar á sus hermanos al campo cristiano. Berenguela tambien oraba y pedia á Dios la concediese su libertad para ir á juntarse con el objeto de su amor; y, por último, Matilde solicitaba que Dios la diese fuerzas para luchar con el amor que por el príncipe empezaba á sentir, pues aunque el corazon magnánimo de Malek-Adhel era la vista de Matilde un motivo que llenaba su alma de admiracion, con todo, su conciencia no admitia su amor, porque al fin amaba á un sarraceno.

CAPITULO III.

Malek-Adhel declara su amor á Matilde.—Toma de Tolemaida.—Rasgo heróico de Matilde.—Partida de esta al desierto.—Una tropa de beduinos arrebata á Matilde de los brazos del ermitaño.—Es libertada por Malek-Adhel.—Juramento de amor en medio del desierto.—Su regreso al Cairo.

Una tarde en que el sol se ostentaba más puro y radiante, cedió Matilde al deseo de disfrutar el bello espectáculo de la naturaleza, y bajó sola á los jardines. Cansada ya, se sentó bajo una galería de jazmines y plátanos: la silenciosa paz que allí reinaba restableció en el corazon de la princesa la tranquilidad que momentáneamente la habia abandonado. Malek-Adhel, que casualmente pasara por aquel sitio, descubrió el hábito blanco de la vírgen, y se detuvo para contemplar estasiado aquella encantadora belleza.

—¡Oh! vos, la dijo, hija de la inocencia, vos superais á cuanto he visto de más hermoso en mi vida: me habeis abrasado con un fuego demasiado ardiente que no puedo apagar... Vos disponeis de mi vida y de mi voluntad.

Al escuchar Matilde estas palabras estrechó contra su corazon el relicario que la dió la abadesa é hizo esfuerzos para huir, pero el príncipe la detuvo, diciendo cariñosamente:

—¿Qué temeis de mí? ¿Me mirais con horror?

—Dios me manda huir de sus enemigos, contestó Matilde.

—¡Ah! interrumpió el príncipe: yo espero que alguna chispa del fuego que me devora prenderá en vuestro pecho y os resolverá á amar.

—Estoy destinada á ser una esposa de Jesucrito. A Inglaterra es donde me llaman mis votos.

—Angélica belleza, ¿qué ordenais de mí?

Matilde, dirigiéndole entonces una mirada menos severa, le contestó con dulzura:

—Deseo que me conduzcais á donde está la reina. Dice, y empezó á marchar la princesa precedida de Malek-Adhel, y llegaron adonde estaba Berenguela, á la que encontraron en compañía de un guerrero.

—¿Quién es el temerario, señora, dijo el príncipe á Berenguela, que se atreve á internarse en este recinto sin el correspondiente permiso?

—Es Joselin de Montmorency, contestó Berenguela.

—Tan ilustre nombre ha llegado ya á mis oidos con el de todos los reyes de Europa, dijo el príncipe, sin cesar de admirar el continente marcial de Joselin.

Este caballero fué hecho prisionero en un combate, y habiendo Malek-Adhel concebido sospechas de que amaba á Matilde, mil violentos proyectos asaltaban su imaginacion, y todos le aconsejaban á que se deshiciese de un rival tan peligroso, por fin, resolvió castigar á Montmorency, pero como los héroes castigan, de un modo digno de su nobleza. Marchad á vuestros reales, le dijo, presentaos á vuestros jefes, y decidles que no les temo, puesto que tengo atrevimiento para dejar que se reuna á ellos un guerrero de vuestra nombradía.

Dichas estas palabras y recibiendo Joselin los mensajes de las princesas, marchó al campamento cristiano. Cuando llegó á él, se encontraban los jefes disponiéndose para el asalto de la ciudad de Tolemaida.

Este se efectuó con gran valor por una y otra parte, y cada combatiente estaba animado de la mas ardiente fé por su causa. Montmorency hizo prodigios de valor, como asimismo todos los jefes del ejército. Por fin, despues de penosos esfuerzos por parte de los sitiadores, la ondeante bandera de la cruz se ostentaba en el sitio que antes habia ocupado la de la media luna.

En tanto que estos sucesos pasaban en Tolemaida, las princesas sufrian en Damieta su cautiverio. Por último, despues de varias estipulaciones, ordenó el sultan Saladino que Matilde partiese al campamento cristiano y Berenguela quedase en rehenes hasta que los cristianos le entregasen la ciudad de Tolemaida. Al recibir el príncipe tan funesta órden, se apoderó de él y de Berenguela una profunda tristeza; esta porque no podia estrechar entre sus brazos á su amado esposo, y el príncipe por la separacion de Matilde que le era tan costosa. En vano rogaron al sultan para que revocase sus órdenes, pues la partida de Matilde se preparó para el siguiente dia.

CAPITULO III.

Malek-Adhel declara su amor á Matilde.—Toma de Tolemaida.—Rasgo heróico de Matilde.—Partida de esta al desierto.—Una tropa de beduinos arrebata á Matilde de los brazos del ermitaño.—Es libertada por Malek-Adhel.—Juramento de amor en medio del desierto.—Su regreso al Cairo.

Una tarde en que el sol se ostentaba más puro y radiante, cedió Matilde al deseo de disfrutar el bello espectáculo de la naturaleza, y bajó sola á los jardines. Cansada ya, se sentó bajo una galería de jazmines y plátanos: la silenciosa paz que allí reinaba restableció en el corazon de la princesa la tranquilidad que momentáneamente la habia abandonado. Malek-Adhel, que casualmente pasara por aquel sitio, descubrió el hábito blanco de la vírgen, y se detuvo para contemplar estasiado aquella encantadora belleza.

—¡Oh! vos, la dijo, hija de la inocencia, vos superais á cuanto he visto de más hermoso en mi vida: me habeis abrasado con un fuego demasiado ardiente que no puedo apagar... Vos disponeis de mi vida y de mi voluntad.

Al escuchar Matilde estas palabras estrechó contra su corazon el relicario que la dió la abadesa é hizo esfuerzos para huir, pero el príncipe la detuvo, diciendo cariñosamente:

—¿Qué temeis de mí? ¿Me mirais con horror?

—Dios me manda huir de sus enemigos, contestó Matilde.

—¡Ah! interrumpió el príncipe: yo espero que alguna chispa del fuego que me devora prenderá en vuestro pecho y os resolverá á amar.

—Estoy destinada á ser una esposa de Jesucrito. A Inglaterra es donde me llaman mis votos.

—Angélica belleza, ¿qué ordenais de mí?

—Nada, dirigiéndole entonces una mirada menos severa, le contestó con dulzura?

—Deseo que me conduzcais á donde está la reina. Dicho esto, empezó á marchar la princesa precedida de Malek-Adhel, y llegaron adonde estaba Berenguela, á la que encontraron en compañía de un guerrero.

—¿Quién es el temerario, señora, dijo el príncipe á Berenguela, que se atreve á internarse en este recinto sin el correspondiente permiso?

—Es Joselin de Montmorency, contestó Berenguela.

—Tan ilustre nombre ha llegado ya á mis oidos con el de todos los reyes de Europa, dijo el príncipe, sin cesar de admirar el continente marcial de Joselin.

Este caballero fué hecho prisionero en un combate, y habiendo Malek-Adhel concebido sospechas de que amaba á Matilde, mil violentos proyectos asaltaban su imaginacion, y todos le aconsejaban á que se deshiciese de un rival tan peligroso; por fin, resolvió castigar á Montmorency, pero como los héroes castigan, de un modo digno de su nobleza. Marchad á vuestros reales, le dijo, presentaos á vuestros jefes, y decidles que no les temo, puesto que tengo atrevimiento para dejar que se reuna á ellos un guerrero de vuestra nombradía.

Dichas estas palabras y recibiendo Joselin los mensajes de las princesas, marchó al campamento cristiano. Cuando llegó á él, se encontraban los jefes disponiéndose para el asalto de la ciudad de Tolemaida.

Este se efectuó con gran valor por una y otra parte, y cada combatiente estaba animado de la mas ardiente fé por su causa. Montmorency hizo prodigios de valor, como asimismo todos los jefes del ejército. Por fin, despues de penosos esfuerzos por parte de los sitiadores, la ondeante bandera de la cruz se ostentaba en el sitio que antes habia ocupado la de la media luna.

En tanto que estos sucesos pasaban en Telemaida, las princesas sufrian en Damieta su cautiverio. Por último, despues de varias estipulaciones, ordenó el sultan Saladino que Matilde partiese al campamento cristiano y Berenguela quedase en rehenes hasta que los cristianos le entregasen la ciudad de Tolemaida. Al recibir el príncipe tan funesta órden, se apoderó de él y de Berenguela una profunda tristeza: esta porque no podia estrechar entre sus brazos á su amado esposo, y el príncipe por la separacion de Matilde que le era tan costosa. En vano rogaron al sultan para que revocase sus órdenes, pues la partida de Matilde se preparó para el siguiente dia.

—No, no me marcharé, exclamó en su interior la casta vírgen! yo me quedaré y que Berenguela viva contenta y feliz al lado del esposo que tanto ama.

Decidida su idea, la puso en conocimiento de Berenguela, la que no queria consentir tan gran sacrificio; pero al fin, vencida por los ruegos de Matilde, cambió los vestidos la reina Berenguela con el hábito de Matilde y se dispuso á marchar.

Llegó, en efecto, el dia determinado para la partida, y Berenguela, merced á la inocente estratagema de la princesa Matilde, pudo por fin embarcarse sin ser reconocida del encargado de su conduccion.

¡Qué alegría tuvo Malek-Adhel, cuando dirigiéndose al cuarto en que habitaba Berenguela, creyendo que ésta estaria en él, se encontró con la princesa Matilde! ¡Con cuánto amor, trasportado de gozo, besó la mano que esta le alargaba!

Despues de varias demostraciones afectuosas, le manifestó Matilde el voto que habia hecho de ir á ver á un cenobita que tenia su residencia en los desiertos de la Arabia, para que éste le absolviese de la poca repugnancia con que le miraba á pesar de la diferencia de religion que ambos profesaban.

Malek-Adhel trató de disuadirla de su proyecto, ponderándola las dificultades que se oponian á su empresa por tener que atravesar un país abrasador, rodeado de árabes homicidas. Matilde le responde que Dios no abandona á sus hijos, y que la defenderá de todos los peligros. La fé ardiente que brillaba en el semblante de la virgen, convenció á Adhel que aquel momento no era á propósito para oponerse á su idea.

El príncipe tambien tenia que ausentarse de Damieta para reunir tropas por órden de su hermano Saladino; y dijo á Matilde que se dispusiera para el dia siguiente, que tenia dispuestas sus galeras para subir juntos el gran rio hasta el Cairo.

Por fin se pusieron en camino, y así llegaron á dicha ciudad, y la princesa mandó llamar á unos cuantos caballeros suyos, entre ellos el duque de Glocester, y les dijo la peregrinacion que tenia que hacer. No bien supieron esto, se apresuraron á disponer los víveres necesarios para la expedicion.

Despues de unos dias de viaje, empezaron á entrar en las llanuras de arena ardiente, y los viajeros, unos abrasados de calor y otros muertos de sed y los más rendidos de cansancio, dieron vista á la gruta de un santo varon que en treinta años de soledad era aquella la segunda vez que oia una voz humana. Adelantóse la princesa, y, postrándose á sus piés, exclama: ¡Oh, venerable anciano amparadme! El solitario se

desvia creyendo que Satanás bajo la figura encantadora de aquella virgen, venia á tentar su castidad. Retírate, la dice con un terror religioso, ¿qué vienes á buscar aquí? ¡Oh padre! responde la princesa, no me despidais, he venido aquí con riesgo de mi vida por alcanzar de vos los únicos socorros que pueden salvarme. Estas palabras persuaden al ermitaño: la levanta, se informa de quiénes son los guerreros que la acompañan, enciende una resinosa tea, entrando todos en la gruta, y les ofrece una comida frugal compuesta de los frutos silvestres que producia aquella tierra.

En tanto llega la noche, y mientras que los cristianos hallan entre la breña un lecho que la fatiga les hace agradable, Matilde pide al ermitaño que tenga á bien escucharla, pues deseaba para tranquilizar su espíritu, revelarle ciertos secretos que oprimian su corazon.

Estando Matilde haciendo su confesion al cenobita, se presentó una horda feroz de beduinos, los cuales ya habian dado la muerte á muchos caballeros de la comitiva, y se disponian á cojer á la jóven, cuando el ermitaño, poniéndose delante de ella con semblante airado y lleno de un espíritu divino, esclama con voz atronadora: ¡temerarios, deteneos! porque juro por el Dios supremo, que el primero de vosotros cuya sacrílega audacia ose tocar á esta vírgen, será aniquilado al momento. Los beduinos admirados y atónitos, se detienen, sofocan su voracidad y quedan suspensos por un momento. Sin embargo, no tardaron en tomar una actitud amenazadora, y cuando comenzaban á desterrar la piedad continuando su horroroso intento, se arroja en medio de ellos un guerrero que con la cimitarra sangrienta, ojos centelleantes y mirada furibunda, acomete á los árabes con un valor increible, haciendo de ellos una espantosa matanza, y se abre paso hasta llegar á la princesa.

Este era Malek-Adhel.

Entonces sin decir una palabra, coje á Matilde entre sus brazos, y con una rapidez sin igual se la lleva desmayada, la pone sobre un soberbio caballo, se coloca detrás de ella, la abraza con una mano, y huye seguido de unos cuantos guerreros que le acompañaron al salir del Cairo (1).

Pero estos, rendidos de la infinita fatiga y la consternacion que sentian por los peligros que les amenazaban, se rebelaron contra Malek-Adhel, y se negaron á participar de sus infortunios. No contentos con esto, pretendian sacrificar en su furor á la princesa de Inglaterra, orígen de tantos males. Pero apenas el impetuoso

(1) Véase el grabado que va al frente de esta historia.

Adhel penetró sus designios, cuando sin recordar la desigualdad del número, se arroja, quita á la princesa de encima del caballo, la sostiene con un brazo y la defiende con el otro, diciéndoles: deteneos, temerarios; juro derribar la cabeza del primero que ose poner su mano sobre la princesa Matilde; y derribó á sus piés con el alfange



al atrevido que lo intentó. Entonces los demas, confundidos por el terror que su príncipe les inspiraba, se retiraron aturdidos y se alejaron de aquel sitio, dejándolo con unas pocas provisiones y en medio de los peligros que les amenazaban.

—Matilde, la dice el príncipe agitado por tan dolorosas escenas, nos han abandonado, y quizás el dia de mañana será el de nuestra muerte. No quisiera que ésta nos cogiese sin que antes os digneis darme el título de esposo vuestro.

Entonces la princesa parece oir una voz secreta que la dice que así se convertirá el príncipe á la fe de la religion cristiana.

No escucha ya más, y cogiéndole las manos, le dijo:

—Malek-Adhel, yo os amo; aquí donde la naturaleza calla, donde la luna nos alumbra con su débil resplandor, donde todos los objetos que nos rodean nos sirven de testigos, os juro que no seré jamás de otro sino de Dios ó de tí. Dios ha recibido este juramento

en el tribunal de la penitencia. — Y como si acabara, de hacer un gran esfuerzo reclinó su cabeza sobre el pecho del príncipe, que la sostiene extasiado y casi dudando de lo que acababa de oir.

Por último, en medio del lúgubre silencio de aquellas soledades se oyó el ruido de una caravana que á pasos precipitados se dirigia hacia donde estaban ellos. Eran estos unos guerreros suyos que, habiéndoles mandado el príncipe que se quedasen á socorrer á los cristianos, en la refriega de la ermita, despues de haberle así, iban en su busca. Merced á este socorro pudieron por fin llegar al Cairo y librarse ambos de una muerte cierta.

CAPITULO IX.

Llegada de Montmorency.—Partida de este con Matilde al campo de los cristianos.—Muerte de Montmorency.—Llega la princesa al lado de Ricardo.—Es enviado al lado de Matilde un emisario de parte de Malek-Adhel.—Objeto de ese emisario.

Habian llegado al Cairo Matilde y el príncipe, cuando un dia le pasaron recado á éste de que deseaba verse con él un caballero cristiano. Malek-Adhel mandó que le condujeran á su presencia, y le dijo luego que se quedó solo con él y la princesa:

—Date á conocer, ilustre héroe, pues que así te debo llamar en vista del peligro que has corrido cruzando por medio de un pueblo enemigo; descúbrete ahora. La presencia de la princesa supongo no te contendrá; y de mí, ¿qué puedes temer?

—Mucho, si estuviéramos en el campo de batalla, pero nada cuando me entrego á tu generosidad.

Al decir estas palabras se quitó el casco y pronto reconocieron el príncipe y Matilde el noble continente de las facciones de Joselin de Montmorency. La princesa al conocerle dió un grito de alegría, pero el príncipe no pudo reprimir un gesto de mal humor, porque tenia un mal presentimiento de la venida del héroe francés. Con todo, se reprimió gustoso en presencia de Montmorency, y le dijo:

—Joselin, casi preveo el motivo de tu llegada: pero es menester que hagas una relacion minuciosa del objeto á que vienes.

—Príncipe, le dijo Joselin, y vos, escelsa Matilde, estadme atentos á lo que os voy á referir. Cuando regresé al campo de los cristianos, como ya sabeis, el ilustre Ricardo y demás soberanos se preparaban para el asalto de Tolemaida, que á su parecer debia

de ser al dia siguiente sin más dilacion, para no dar lugar á que viniéseis vos, ilustre Malek-Adhel, al socorro de Mechbul, que estaba entonces mandando en aquella ciudad en nombre de vuestro augusto hermano. Efectivamente, así lo hicimos, y ya sabeis la parte que me cupo en tan gloriosa jornada. Aprovechando yo el fervor de mis ilustres soberanos, les propuse en una audiencia que pedí al dia siguiente, que no era justo que rodeándome tantos valientes caballeros se permitiera que vos, escelsa Matilde, estuviéseis cautiva, pues que aunque os tratasen bien, con todo, no dejaba de ser una afrenta el permitir vuestra esclavitud. Conocieron lo justo de mi observacion, y dispusieron que se formase un cuerpo de mil caballeros con el nombre de *Caballeros de la Virgen*, y que yo los mandase, con el objeto de rescataros; ya sea que Malek-Adhel quiera adoptar la fe de Cristo y reunirse á nuestras armas, en cuyo caso Ricardo le ofrece vuestra mano en premio de esta accion, ó de lo contrario mil espadas se levantarán para llevar á cabo nuestra empresa, aunque tuviéramos que perder todos la vida. Pero yo, ilustre príncipe, conozco vuestra generosidad, y habiendo dejado en un sitio bastante apartado de aquí á mis caballeros cristianos, me he adelantado solo para manifestaros mi resolucion, la que espero no desairareis, ilustre príncipe, disponiéndoos para la partida.

Turbado se quedó este al ver el motivo de la venida de Joselin, pero le acompañaba en su tristeza Matilde, lo cual, observado por Montmorency, se volvió hácia la princesa y la dijo:

—Pues qué, señora, ¿rehusareis, por ventura, el acompañarme al campo de vuestro hermano donde todos os están esperando? porque leo en vuestros ojos el pesar que manifestais al oirme hablar de esta manera. ¿Qué razon teneis para obrar de este modo? Manifestadme, señora, vuestra voluntad.

—Sabedlo, héroe francés, le dijo la vírgen; esta tristeza y pesar que en mí habeis notado, nace del amor que tengo al príncipe Malek-Adhel y del juramento que le he hecho de no ser de nadie sino de Dios ó suya. Solo á vos os lo confio, porque estoy segura de que, además de guardar secreto sobre lo que os he dicho, sabreis apreciar en su justo valor el motivo de mi pesar. En cuanto á mi viaje, os sigo; pues aunque hago un gran sacrificio, espero que Dios acojerá esta débil prueba que le ofrezco, porque espero de él que se dignará tocar con su mano el grande corazon de Malek-Adhel.

El príncipe, conmovido por las tiernas palabras de su adorada Matilde y obligado por una imperiosa necesidad, cual era la de no poder permanecer en el Cairo la princesa sin grave esposicion de su vida por el encono que la profesaban sus habitantes, se resuel-

ve á separarse de ella, y lleno de turbacion se fué á comunicar las órdenes necesarias para el viaje de la princesa. Despues de unas cuantas horas volvió á su presencia, y les dijo: Ya está preparada la litera en que ha de ir Matilde, y vos, Joselin, me permitireis acompañaros con un amigo de mi confianza hasta el paraje en que hallemos á los caballeros que os esperan.

Dispuesto sigilosamente el viaje partieron temiendo el momento de separarse aquellos dos corazones que abrigaban un amor tan puro y casto. Dieron, por último, vista al sitio donde se hallaban los caballeros cristianos; pero estos alarmados al distinguir en el grupo que formaban Matilde y sus compañeros de viaje, dos sarracenos por sus vestiduras, creyeron que venia el enemigo á sorprenderlos, y al momento empuñaron las lanzas; pero Joselin les salió al encuentro y les dijo:

—No temais nada: es verdad que os traigo el apoyo mas terrible del imperio de la media luna, pero viene como amigo, abonándose á nuestro honor con una confianza tan gloriosa para él como para vosotros; viene á entregarnos el tesoro mas precioso que despues del Sepulcro de Cristo nos han arrebatado las armas mahometanas; nos vuelve á la princesa de Inglaterra... Los gritos de alegría interrumpieron estas palabras: todos los caballeros rodearon la litera inclinándose respetuosamente, y Joselin continuó diciendo: despues de haber rendido el primer homenaje á la hermana de nuestro gran rey, tributad el segundo á su libertador, á este héroe cuyo valor teme la cristiandad.

Gozosos los caballeros cristianos de poder admirar tan de cerca al que con justa causa llamaban el rayo de las batallas y el leon de los combates, se llegaron alegres á recibir al príncipe, y este enternecido por esta prueba de amistad, juró en su interior que en adelante su mano no haria tanto mal en las batallas á los compañeros de su querida Matilde.

Notando Joselin la tristeza que hacia rato dominaba al príncipe, y juzgando que aquella era una buena ocasion para decirle que se fuese con ellos, le dijo:

—Príncipe, conozco vuestro afecto hácia vuestro hermano, sé el cariño que él os profesa; pero no obstante me atrevo á proponeros que si quereis veniros ahora con nosotros, os prometo en nombre del ilustre Ricardo, que la mano de Matilde nadie la poseerá sino vos, y estas mil espadas que veis á vuestro lado sostendrán lo que os digo.

Así lo juramos, contestaron todos; y el príncipe, vencido por el dolor de separarse de Matilde, iba ya á acceder, cuando el árabe Kaled que estaba á su lado se inclinó al oido del príncipe, y le di-

la: ¡Vacilais, Malek-Adhel! Al momento reconoció este su deber, y pensó que seria infiel á la amistad de su hermano y perjuro á la obligacion que tenia de defender su pátria; y así es que despues de haberse separado con Matilde á un lado del camino, y estrechándola en sus brazos con un ardor apasionado, la dice: júrame, Matilde, que ni la voluntad del rey tu hermano, ni las órdenes mismas del jefe de tu Iglesia, podrán obligarte á tomar otro esposo.— Yo lo juro, respondió ella levantando el rostro anegado en lágrimas: ó de ti ó de Dios.

Malek-Adhel la mira, y al querer pronunciar el último adios, se le embarga la lengua, se aparta conmovido de dolor, monta sobre el caballo y parte á galope hácia el Cairo, seguido de su amigo Kaled, despues de haber dado las gracias á Joselin y los suyos por sus ofrecimientos, y llevar el corazon lacerado con el pesar y la amargura que en tales casos puede conocer un corazon que ama.

Pasáronse algunos dias de viaje, en los cuales Matilde, acompañada de sus caballeros, iba triste, pero en parte mitigada su pena con el consuelo de ver á su hermano y á la hermosa Berenguela, que la estarian esperando. Un dia notaron un espeso tropel de gente, y no dudando que serian enemigos, presto se pusieron en defensa. Efectivamente, al cabo de una media hora reconocieron ser musulmanes la tropa que á ellos se acercaban. Joselin quiso salir á su encuentro, pero como no queria confiar á nadie la custodia de la princesa Matilde, mandó que unos cuantos caballeros tomasen los guerreros necesarios para hacer frente á los musulmanes, mientras que él á la cabeza de otros se quedaban resguardando con sus pechos la litera en que estaba la ilustre princesa. Los árabes, viendo que era corto el número de enemigos que les acometian, arremetieron lanza en ristre con furor; pero los cristianos los contuvieron de tal modo, que les obligaron á retroceder; mas considerando la afrenta que sobre ellos recaeria si cedian el campo á un tan corto número de enemigos, se reunieron y volvieron otra vez al combate, pero con tal violencia, que Montmorency tuvo que salir al encuentro de los suyos despues de dejar á la princesa custodiada por unos cuantos guerreros. Acosados los árabes con la presencia de Montmorency, todos huyeron en dispersion; un solo guerrero resistia y combatia todavía, pero todo su furor parece que se dirige contra la litera que encierra á la princesa; al verle al campeon cristiano se estremece de furor, se precipita tras del atrevido guerrero, le derriba, va á levantar su brazo para arrancarle la vida, cuando oyó que su adversario esclamaba: sepulta, Montmorency, tu espada en el seno de una mujer. A este nombre el héroe se detiene, le corta las

[illegible] y la cabellera de [illegible] puesto en pié, vuelve á agarrar la lanza [illegible] musulmanes [illegible] dice, y [illegible] cercado [illegible] por todas partes; sus contrarios no disminuian; su cuerpo se cubrió de heridas y su coraza estaba teñida de sangre; por último, despues de haberle matado el caballo se arrodilló al lado de éste y aun se defendia, cuando un musulman, viendo su resistencia, le clavó la lanza en el pecho, consiguiendo con este suceso la victoria: satisfechos por esta hazaña continuaron su marcha. Los soldados de Montmorency, así que vieron á éste tendido, corrieron á él presurosos creyendo que estaba muerto; pero uno de ellos le desató la armadura, y despues de ponerle la mano sobre el corazon, vió que todavía latía. La princesa se llegó tambien adonde estaba el moribundo, y éste, despues de haber vuelto en sí, la dijo en voz baja: ante la presencia del Eterno, adonde voy á comparecer, rogaré eternamente por la conversion de Malek-Adhel! ¡ojalá sea cristiano y vos seais dichosa con él! dijo: y espiró.

Despues de haber empleado el resto del dia en dar sepultura al cadáver, se pusieron en marcha, y al cabo de dos jornadas de camino dieron vista á la ciudad de Tolemaida. Inmenso fué el gozo que tuvieron los cristianos al ver llegar á su princesa; pero tambien fué profundo el dolor que causó la muerte del malogrado Montmorency.

Recibida Matilde en la corte de su hermano con todos los honores correspondientes á su clase, los caballeros mas ilustres se honraban de ser admitidos á su presencia, y todos á porfía la prodigaban sus galanteos; pero en medio de tantos homenajes y placeres, Matilde indiferente á todo cuanto la rodeaba conservaba una tristeza que nada podia disipar.

Entretanto, un dia, en una de las fiestas del torneo mas lucidas que se habian dado desde su venida, se presentó de improviso á la entrada del palenque un árabe montado en un soberbio caballo: propone romper lanza contra los dos primeros campeones que quieran dispensarle este honor, y no pide por premio de la victoria sino el permiso de saludar á la princesa y retirarse despues sin darse á conocer. Aceptan los jueces, y ruegan á Matilde que elija entre los cristianos los que han de pelear con el infiel, y un instinto secreto le hace nombrar los mas débiles. El árabe toma su parte del campo, vuelve á ellos, rompe la lanza del primero sin haberse movido, y derriba luego al otro. Entonces entrega las riendas de su caballo á un escudero, y subiendo las gradas que conducen al balcon de Matilde, pone una rodilla en tierra, se inclina, besa el [illegible]

vestido, y al levantarse la dice en voz baja: Malek-Adhel se halla en Cesárea. él es quien me envia á veros, porque no podia vivir en la incertidumbre en que estaba de vuestra suerte; yo soy Kaled.

A estas palabras, la jóven enrojece y se turba; quiere hablar, pero le falta la voz: el árabe se habia ausentado antes que ella volviese en sí.

CAPITULO V.

Torneos en el campamento de los cristianos.—Asisten á ellos Saladino y su hermano.—Triunfa el príncipe en el combate que tuvo con Lusiñan.—Desesperacion de este—Entrevista de Matilde con Malek-Adhel.—El arzobispo de Tiro procura convertir á Malek-Adhel.—Proyectos de Lusiñan.

Grandes fiestas se preparaban en el real de los Cruzados en celebridad de la tregua acordada entre los soberanos de las potencias beligerantes ínterin se resolvia la admision de la alianza que Saladino habia propuesto, y cuya decision estaba confiada á un consejo de obispos.

Entre otras funciones, debia verificarse un magnífico torneo en que los principales caballeros deseaban ser premiados por la mano de Matilde.

Saladino, y en particular su hermano Adhel, deseosos de presenciarlo, enviaron un mensaje á Ricardo, noticiándole que iban á ponerse en marcha para su campamento.

Efectivamente, seguidos de una corte numerosa, se pusieron en camino para Tolemaida: marchaban delante cien caballeros montados, cubiertos con vistosos penachos y vestidos de ropas recamadas de plata y seda; cincuenta guardias de á pié, ceñida su frente con ricos turbantes, conducian los camellos cargados con las tiendas del sultan y con los regalos destinados para la futura esposa de Malek-Adhel. Los dos príncipes iban montados en dos caballos árabes, cuya soberbia cabeza levantaban con orgullo como si fuesen capaces de apreciar el honor de llevar á tan grandes héroes. A la tercera aurora despues de su partida, llegaron al campo de los cristianos, y al momento Ricardo salió á recibirlos acompañado únicamente de su valor. Agradecido Saladino con esta muestra de urbanidad, le tomó afectuosamente la mano, y le dijo:

—Gran rey, la última vez que nos vimos me manifestásteis cuán peligroso era tenerte por enemigo, y hoy me presentas la dicha que se disfrutaria teniéndote por amigo.

—¿No consiente tu corazon el darnos este nombre, ilustre Ricardo? esclamó Malek-Adhel conmovido al distinguir en aquel rostro varonil y altivo la imágen y facciones de la prenda que amaba, y continuó diciendo; no te niegues tampoco en añadir al título de aliado el de hermano.

Entretanto se acercaba la hora de abrirse los torneos: Ricardo dijo á Saladino si le honraria con su presencia; y tú Malek-Adhel, añadió: ¿no vendrás tambien á ostentar tu valor? El prémio de los juegos para el vencedor será el de mi hermana, y supongo que tú querrás conseguirlo...

—Allá voy, esclamó el príncipe agitando la lanza y con los ojos centelleantes de amor y de gloria.

—Reprime un poco tu valor, repuso el rey, y conténtate por ahora con ser espectador hasta que los jueces determinen abrir el campo.

Llegados al sitio del combate, Saladino se colocó en un trono recamado de plata y púrpura, ondeando sobre su cimera el pendon de la media luna. Malek-Adhel se sentó en su sitial un poco más bajo que el de su hermano. A este tiempo se presentó la princesa de Inglaterra acompañada de su hermana Berenguela y otros varios caballeros, entre ellos Lusiñan. Berenguela vió á los dos hermanos, y despues de echar una mirada de gratitud al príncipe, saludó afectuosamente á Saladino. A este tiempo sonaron los clarines y timbales anunciando que se empezaba el combate; al momento se vió la liza cubierta de infinitos caballeros aspirantes al honor de ser premiados por Matilde.

Lusiñan, animado de un valor sin igual, monta en un fogoso caballo, levanta la lanza y publica el desafío. Al punto se cruzan los aceros, se rompen armaduras, brillan las chispas, y hombres y caballos caen mezclados sobre la arena. Lusiñan es el único que permanece en pie, y ya iba á recibir el prémio de mano de la princesa, cuando Saladino, incomodado de que este hubiera vencido á sus principales guerreros, le propuso el combate.

—Baja acá, ilustre sultan, le dice Lusiñan, que estoy ufano con tu desafío, apresúrate que el ruido de tu caida será como el precursor de la de tu trono.

Saladino tembló de cólera al oir estas palabras. Llegan á las manos los dos guerreros con igual valor y esfuerzo, pasando así un gran rato sin que los espectadores pudiesen decidir cuál de los dos campeones llevaria lo mejor de la lid, mientras que ellos admirados de hallar tanta resistencia en su contrario, redoblaban la violencia

y la rapidez de los golpes que se oian sonar con estruendo; pero por fin, despues de un combate muy recio venció Lusiñan. Ya iba este por segunda vez á ser premiado, cuando el príncipe se puso de un salto dentro de la barrera. Montan á caballo, se encuentran, y al primer choque se rompen las lanzas; echan pié á tierra, sacan las espadas y principian de nuevo el combate. Malek-Adhel, diestro en esta clase de luchas, oprime á su adversario, lo acosa, lo persigue; y, por último, viene á dar con él en tierra, corriendo presuroso á ponerse á los piés de la princesa para que le coloque sobre el pecho su retrato. ¡Cuán feliz y envanecida está Matilde, con poder otorgar aquel don á su querido Adhel en presencia de tantas naciones reunidas!

Antes de ocurrir los sucesos referidos, el arzobispo se habia marchado al encuentro de Malek-Adhel con el objeto de ver si podia ir preparando su conversion á la religion católica; pero habiéndose dirigido por distinto camino que aquel, llegó á la ciudad de Jafa, donde los infieles, á pesar de la tregua que suspendió toda hostilidad, lo detuvieron y pusieron en un calabozo cargado de cadenas.

Matilde, deseosa de saber el paradero del arzobispo, comunicó la marcha de este, en una entrevista, á Malek-Adhel, y le confió á este sus temores. El príncipe que era sabedor de este suceso, deseoso de complacerla, se dirigió á Jafa, y habiendo llegado allí fué á abrir las puertas del calabozo en que estaba cautivo el arzobispo. Este, viendo al príncipe, le dijo qué objeto tenia su visita. El príncipe le contestó que venia para libertarlo. El arzobispo, viendo su generosidad, probó á ver si movia aquel corazon inflexible á la religion cristiana; pero viendo que eran inútiles los esfuerzos que hizo, no insistió. El príncipe, fiel á la amistad que profesaba á su hermano, no quiso descontentar á este, aun á precio de su amor, sin embargo que la luz divina empezaba á nacer en su corazon.

Mientras tanto la junta de obispos no habia tenido el resultado que se esperaba: así es que concluyó la tregua, y Saladino preparaba sus fuerzas y fortificaba á Cesárea, donde pronto habia de representarse una escena bastante sangrienta. Esta escena era el gran sitio que los cristianos iban á poner á esta importante ciudad, que era de las más fuertes en aquella época, y cuya adquisicion era sumamente interesante para conseguir la deseada conquista de los Santos Lugares.

CAPITULO VI.

Perfidia de Lusiñan.—Batalla de Cesárea.—Lucha entre Malek-Adhel y Lusiñan.—Asesinato de Malek-Adhel á manos de un criminal.—Concluye Matilde sus dias en el monte Carmelo.

En las llanuras de Ascalon supo Ricardo que Malek-Adhel habia vuelto á tomar el mando de los ejércitos de su hermano, y que los sarracenos se apresuraban á presentar la batalla. Al punto ordena á Lusiñan que se reuna á él con todas sus fuerzas, y siguen la marcha hasta poner el campamento frente de los enemigos. Lusiñan, rival implacable de Malek-Adhel, se encontraba en su tienda solo con su escudero; este hombre, llevado de una vil codicia, habia entrado hacia ya tiempo al servicio de Lusiñan, y por consiguiente estaba dispuesto á obedecer todo lo que le mandase, aunque fuese un crimen, y Lusiñan meditaba uno.—Escucha, le dice: en este dia memorable no tengo más que una esperanza, ni esta batalla terrible más que un objeto, que es pelear contra Malek-Adhel: quiero que me dé la muerte, pero no quiero que me sobreviva. Has de estar siempre junto á mí: si me alejo con él nos seguirás: si logro la victoria, permanecerás tranquilo; pero si caigo ó muero cuento con tu lealtad, y te repito que no permitas que me sobreviva.

El escudero se lo prometió, y entonces Lusiñan quedó más tranquilo sin temer ya las contingencias de un combate.

Llegó, por fin, el dia de la batalla y Ricardo condujo sus tropas á la vista de los muros de Cesárea. No hallamos voces para espresar el horror de la sangre, tanto cristiana como musulmana, que regaron los campos de esta invicta ciudad! Hasta los obispos con cruz se precipitaron tambien en el lugar de la lucha. Lusiñan, desde que sacó su espada, estuvo observando si veia á su rival Adhel. Ricardo con los suyos cayó sobre la línea izquierda de los enemigos, donde hacia prodigios de valor, y ya estaba á punto de acosarla, cuando un confuso rumor de voces y gritos comunicaron la llegada de Malek-Adhel, y mientras que su hermano mandaba el grueso del ejército, y Malek la línea derecha, se puso él como un rayo al lado de la línea izquierda que se desalentaba acosada por Ricardo

y Lusiñan. Pronto echó este de ver la presencia del príncipe: le llama á grandes voces provocándole á un combate particular. El héroe oye el desafío de Lusiñan, pero no le responde, porque se ha propuesto evitar toda querella particular, á fin de no abandonar el campo de batalla antes de conseguir la victoria y permanecer fiel á su deber. Lusiñan se encarniza en perseguirle, y siempre denigrándole con los términos más injuriosos: el soberbio guerrero devora largo tiempo en silencio aquellos ultrajes, pero al fin ya no puede contener la cólera y le dice: ven, Lusiñan, apresurémonos á estinguir en nuestra sangre el ódio que nos consume. Lusiñan le sigue, pero no solo, porque el escudero no ha olvidado sus órdenes; y llegados á cierta distancia del ejército detrás de un peñasco que los oculta de la vista de todos, Malek-Adhel arroja lejos de sí el escudo, y dice á su contrario que se despoje tambien del suyo para acelerar así el instante en que el uno cese de aborrecer al otro.

Lusiñan le imita dejando el escudo: sacan las espadas y principian el combate. Jamás ha manifestado Lusiñan tanto valor ni ha tenido tanta confianza en vencer por ver herido á su contrario; pero Malek-Adhel, en vez de desmayar redobla su esfuerzo, y asiendo la espada con ambas manos descarga con ella tan furioso golpe en la cabeza de su rival, que hundiéndole el casco por la mitad cae en tierra cubierto el rostro de sangre. Viendo el príncipe que se ha quedado con la cabeza descubierta, arroja tambien su casco y espera que su adversario se halle en estado de defensa para volver al combate; pero apenas Lusiñan recobra el sentido, cuando se arroja al príncipe, le mete la espada por el costado con tal rapidez, que el héroe no tuvo tiempo de parar el golpe, y al punto de su ancha herida sale la sangre á borbotones. ¡Ay Matilde! esclama el príncipe al verse á su vez herido: ¡con cuánto gusto derramaria mi sangre si fuera por vengarte! Lusiñan va á redoblar los golpes, pero reuniendo Malek-Adhel sus fuerzas, é indignado de que la lucha sea desigual, y deseando terminar el combate ó morir, deja la espada, saca el puñal, se precipita sobre Lusiñan, y de una puñalada le hace caer exánime en tierra. El escudero que vió en tierra á su amo, corre á echarse sobre el héroe y le mete la espada por la garganta. Malek-Adhel sorprendido se vuelve para vengarse, pero debilitado por sus heridas, cierra los ojos, pronuncia todavía con voz moribunda el nombre de Matilde, y cae tendido al suelo que baña con su sangre.

El escudero de Lusiñan horrorizado él mismo de aquel espectáculo, no puede creer que haya sido víctima suya un guerrero tan célebre; le estremece la sombra de Malek-Adhel; dese a alejarse de aquel sitio espantoso, pero quiere llevarse el cuerpo de su amo, y

sus fuerzas no son suficientes. Percibe en lo escarpado de las rocas un pastor que aterrado con el estruendo de la batalla se habia refugiado allí; le llama y le obliga á que le ayude á trasportar al campamento cristiano el cuerpo de Lusiñan.

Llegan, por fin, al campo, le conducen á su tienda, donde todos acudieron á suministrarle los socorros de la medicina y de la Iglesia. La piadosa Matilde, olvidando los justos resentimientos que contra él abrigaba, entra tambien presurosa en la tienda acompañada del venerable Guillermo, y ella misma con sus delicadas manos registra las diferentes heridas aplicándolas el bálsamo que traia prevenido. Sin embargo, los cirujanos desconfian de poderle salvar por la profundidad de las heridas. El escudero entonces esclama: bien se conoce que los golpes son de Malek-Adhel: á estas palabras la princesa mira al escudero y le dice con voz conmovida: ¿Ha sido Malek-Adhel el que ha muerto á tu amo?—Sí, señora, responde; pero tambien ha muerto su matador.—¡Ha muerto Malek-Adhel! repite la vírgen dejando caer lo que tenia en la mano. No puede hablar más palabra, porque se entorpecen sus miembros, se le hiela la sangre y se queda pálida é inmóvil como un cadáver. Sorprendido el arzobispo con la noticia que oye, acude á Matilde, se esfuerza en decirle algunas palabras; pero en vano, porque él mismo se halla oprimido de dolor. Pasados aquellos momentos el prelado se vuelve al escudero y le dice: amigo, respóndeme la verdad: ¿le has dejado sin vida? El culpable, sobrecogido en presencia del arzobispo y lastimado del estado de la princesa, siente en su seno los remordimientos que le devoran, y como si hubiesen adivinado su crímen, se arroja juntando el rostro con la tierra y confiesa su delito, implorando el perdon. Guillermo le escucha aterrado, pero al momento le asaltan otras ideas; levanta en brazos á la princesa, y la dice: recobrad ánimo, hija mia, que tal vez aun no se ha perdido todo.—¡Ah padre mio! esclama Matilde, corramos, puede ser que le salvemos aun: el asesino nos guiará por los vestigios sangrientos por donde ha venido.—Partamos, dice el arzobispo, y cogiendo algunos simples propios para las heridas, emprenden el camino, precedidos por el escudero.

Todos tres iban agitados bajo diferentes sensaciones. El arzobispo, dechado de caridad, andaba animoso por ver si llegaba á tiempo para salvar la heróica alma por la cual tantas veces habia pedido á Dios su conversion. La Virgen, animada tambien por el mismo celo, pero al propio tiempo temerosa de perder el objeto de su amor; y, por último, el escudero, punzado por el penetrante aguijon de los remordimientos, caminaba tambien ligero, deseoso de reparar, en cuanto le fuese posible, el mal que habia causado. Llegaron por

fiera á sitio tan fatal, la vírgen, así que descubrió el cuerpo desmayado, se echó presurosa, y con los ojos bañados en lágrimas se precipita y arrodilla junto á él, pone una mano trémula sobre su corazon y permanece algunos minutos en aquel estado. De repente un vislumbre de alegría penetra en su seno, y con voz aguda esclama: ¡Padre mio! su corazon palpita todavía. Al punto levanta la cabeza del héroe, ella la estrecha contra su pecho y calienta con su puro aliento los helados labios que la muerte iba á cerrar para siempre. Mientras Matilde se ocupaba en esto, el arzobispo piensa en otro deber mayor; al pié de las rocas habia oido murmurar un arroyo; coje presuroso el ensangrentado casco del príncipe y se fué á llenarle de agua para bautizar, por fin, á aquella alma heróica.

El príncipe oyó la voz de la vírgen, que tanta influencia tenia sobre él, y empezó á entreabrir los ojos.—Hijo mio, le dijo el arzobispo al ver que volvia en sí: hijo mio, consagra tus últimos pensamientos hácia un Dios sumamente bueno, y hazte digno de ir á su lado.—Sí, amado mio, esclamó la vírgen, espera tu salvacion, y... El príncipe la interrumpió diciendo: ¿Qué voz viene á rodear mi muerte de delicias? El arzobispo enternecido volvió á decirle: Hijo mio, hazte digno de esperar tu eterna salvacion.—¿Con ella, padre mio?—Sí, hijo, le contestó el prelado, si tus últimos momentos los dedicas hácia Dios. El venerable Guillermo se apresuró entonces á derramar el agua sobre la cabeza del príncipe, y éste, despues de dirigir sus ojos hácia el cielo, esclamó: ¡Oh celeste claridad! te he visto y no puedo perderte; fé, esperanza, amor, á vosotros me entrego; adios, Matilde, que voy á esperarte. Entonces el arzobispo, cogiendo la mano del príncipe y la de Matilde, las unió diciendo: Esposos cristianos, sé el uno del otro.

Pocos dias despues, la vírgen, seguida del arzobispo, fué adonde estaba Saladino, y le pidió el cuerpo de su esposo. Este, á pesar de lo que amaba á su hermano, no tuvo valor para negar á la hermosa Matilde lo que solicitaba, y enternecido la dijo: Ilustre Matilde, ya que ha sido tuyo en vida, y aun despues de muerto, mi querido hermano, llévatelo contigo.—Llegó, por fin, siguiendo el fúnebre ataud, á la cima del Monte Carmelo, seguida de Ricardo, Berenguela y muchos caballeros, donde profesó á vista de todos para no volver al mundo, del que nada tenia ya que esperar.

FIN.